

5.
CORAZÓN DE JESÚS
TEMPLO SANTO DE DIOS

Cor Iesu, templum Dei sanctum

P. Tristán Gelonch, Sacerdote argentino
Monje, misionero en España

En cierta ocasión, contemplando el Templo de Jerusalén, los discípulos de Jesús se admiraban de su esplendor (Mt 24,1; Lc 21,5), y, sin embargo, como el mismo Señor profetizó, de ese templo no quedó piedra sobre piedra. Nosotros, hoy y por siempre, podemos volver la mirada y el corazón al templo reconstruido por el mismo Jesucristo en tres días, al propio cuerpo del Señor vivificado por ése su Divino Corazón que es Templo Santo de Dios.

Corazón de Jesús Templo Santo de Dios, ten misericordia de nosotros, reza esta letanía, que nos invita a contemplar este Corazón totalmente consagrado a Dios, casa de oración, altar interior del sacrificio santo y manantial de gracia salvadora para todos los hombres.

Fundamento bíblico

El Evangelio de San Juan, en el relato de la escena de la expulsión de los mercaderes del Templo, trae esa afirmación profética de Nuestro Señor, tan desafiante como cierta: *Destruid este templo y en tres días lo levantaré* (Jn 2,19), y su significado profundo: *Él hablaba del templo de su cuerpo* (Jn 2,21). El mismo Señor se confiesa ser Templo de Dios, vivo y perenne. Por tanto, si es verdad que en cada uno de los hombres «habita», de algún modo en su corazón, entonces, en el Corazón del Hombre de Nazaret, de Jesucristo, habita Dios y de un modo único. Es «Templo Santo

de Dios» por ser Corazón de este hombre que está unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo¹.

El Corazón de Jesús es Templo de Dios

Comúnmente se llama templo al lugar dedicado al culto de Dios, donde con razón se estima que habita Dios, que hay una presencia singular suya y que, por lo tanto, allí Dios escucha las oraciones y acepta los sacrificios que se le ofrecen². Sin embargo, ni el mismo Salomón, cuando edificó el gran Templo de Jerusalén, pretendía contener a Dios entre muros: *¿es posible que Dios habite realmente en la tierra? Si el cielo y lo más alto del cielo no pueden contenerte, ¡cuánto menos esta casa que yo he construido!* (1 Re 8,27).

Los templos levantados por manos humanas son figuras del verdadero Templo de Dios, el Corazón de Jesús. Sólo Dios, arquitecto maravilloso, podía levantar un Templo donde habitar verdaderamente, y este templo es el Corazón de Jesús, formado por obra del Espíritu Santo de la sangre purísima y virginal de María Santísima.

San Pablo lo dice claramente: *en Él [Cristo] reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente* (Col 2,9). Expresión que Santo Tomás comenta: «[Dios] en Cristo inhabita corporalmente, es decir, realmente y según verdad... – y prosigue– ... en Cristo inhabita por la ascunción del hombre en unidad de persona. De allí que todo lo que pertenece al hombre, todo está inhabitado por Dios y por tanto la carne y la mente, pues a ambas está unido el Verbo. Y esta verdad se expresa en Jn 1,14: *Y el Verbo se hizo carne*»³.

¹ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (9/6/1985).

² Cf. RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 75.

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la carta a los Colosenses*, lc. 2/n. 97.

El Corazón de Jesús es Templo Santo de Dios

El arcángel Gabriel anunció a María: *el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios* (Lc 1,35). «El Verbo en la Encarnación unge con unción santísima todas y cada una de las células del cuerpo de Jesús, y el alma entera en su esencia y en sus facultades. No hay nada en Cristo que no sea tres veces santo, y por tanto, infinitamente adorable»⁴. Por ser Corazón del Hijo de Dios encarnado, el Corazón de Jesús es Templo Santo, y más aún, tres veces Santo, como escuchó Isaías gritar a los serafines (Is 6,3), pues es Templo de la Santísima Trinidad: «es el templo interior del Hijo que está unido con el Padre en el Espíritu Santo mediante la unidad de la Divinidad»⁵. Desde este Corazón, el Dios Santo, trino en personas y uno en amor, nos llama a la comunión, a su intimidad, que es llamarnos a la santidad: *Sed santos, porque yo, Yahveh, vuestro Dios, soy santo* (Lv 19,2). «¡Qué dulce pensamiento! El Corazón de Jesús es el lugar de nuestro sublime encuentro y santa amistad con el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo»⁶.

El Corazón de Jesús es casa de oración

Al ver el Templo de Jerusalén convertido en mercado de animales, el Señor, con santa indignación, expulsó a los mercaderes sosteniendo que la casa de su Padre era casa de oración y no cueva de bandidos (Mt 21,13; Mc 11,17; Lc 19,46; cf. Is 56,7). Sus gestos y palabras expresan el celo por la gloria de su Padre que devoraba su Corazón, como lo atestiguaron sus discípulos. Es la reivindicación del lugar sagrado, que Dios instituyó para que su pueblo le suplique y le ofrezca sacrificios. El Corazón orante de Jesús sabe que la oración verdadera debe ser pura, sin mezcla de segundas

⁴ *Directorio de Espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado*, 55.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (9/6/1985).

⁶ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 78.

intenciones, conoce que es fácil corromperla y convertirla en un comercio con Dios, o llenarla de creaturas y ruidos que no dejen al alma dialogar con el Padre en lo secreto. Jesucristo ha enseñado con su ejemplo que para rezar hace falta silencio, recogimiento, quietud, limpieza de toda creatura, soledad. Este Corazón Templo Santo de Dios es la más pura casa de oración, «jamás se oyó, ni en el Cielo ni en la tierra oración más sublime, ni más agradable a Dios que la que incesantemente le hacía su divino Hijo Jesús»⁷ en lo íntimo de su Corazón.

El templo no es solo casa de oración, es también lugar de sacrificio. «El único sacrificio a Dios agradable, el sacrificio de la vida toda de Cristo y su muerte de Cruz le fue ofrecido a Dios desde el primer instante de la Encarnación en el Corazón santísimo de Jesús, según testifica San Pablo escribiendo a los Hebreos (10, 5-10): *Por lo cual al entrar en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron; entonces dije: 'Heme aquí presente. En el rollo del libro está escrito de mí; quiero hacer, oh Dios, tu voluntad'...* En virtud de la cual voluntad hemos sido santificados mediante la oblación del cuerpo de Jesucristo de una vez para siempre»⁸.

¿El fuego sagrado que debía arder siempre en el altar del holocausto (Lv 6,6) no es acaso una pálida figura de la hoguera perenne de amor que consume este Corazón, altar y víctima a la vez? Fuego vino a traer a la tierra (cf. Lc 12,49), fuego sacrificial, devorador de víctimas de amor... y todavía está ansioso por verlo arder en nuestros corazones.

⁷ *Ibidem*, p. 76.

⁸ *Ibidem*.

El Corazón de Jesús es manantial de gracia

El Corazón de Jesús, lleno de gracia y de verdad, es el Templo Santo donde se celebra la divina Liturgia, fuente de gracia para los hombres.

Hermosamente lo muestra aquella visión profética de Ezequiel, cuando vio un manantial que salía del Templo cuyas aguas sanaban y vivificaban, y señaló: *he aquí que el agua fluía del lado derecho* (Ez 47,2). Así lo ha visto la Iglesia que enseña «del Corazón traspasado del Redentor... fluye abundantemente la gracia de los sacramentos que a los hijos de la Iglesia comunican la vida sobrenatural, como leemos en la sagrada Liturgia: “Del Corazón abierto nace la Iglesia, desposada con Cristo... Tú, que del Corazón haces manar la gracia”»⁹.

El Corazón de Jesús, Templo Santo de Dios, para mayor provecho nuestro permanece siempre abierto: «El soldado le traspasó el costado, abrió una brecha en el muro del templo santo, y yo encuentro el tesoro escondido y me alegro con la riqueza hallada»¹⁰. Que la contemplación del Corazón de Cristo nos recuerde nuestra condición de Templos del Espíritu Santo, y nos enseñe a ser hombres de oración, de corazón puro, abnegados y sedientos de la gracia de Dios.

Por medio del Corazón Inmaculado de María, presentemos nuestra humilde petición con las palabras del salmista: *Una cosa pido al Señor, sólo eso busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gustar la dulzura del Señor y contemplar la belleza de su templo* (Sl 27,4), es decir del «Corazón de Jesús que es Templo Santo de Dios el más espléndido»¹¹.

⁹ Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 21.

¹⁰ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Catequesis* 3.

¹¹ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (9/6/1985).